



LA HISTORIA DE MARÍA DE MÁGDALA (II)*

Dora Arce

Carta de María Apóstol, sierva de Dios, compañera en la misión, comisionada por el Resucitado a proclamar la vida, de forma que todas y todos tengamos la libertad que nos capacita para la construcción de su reinado; sostenida por la gracia de mi amado Jesús y la solidaridad de mis compañeras en el ministerio y algunos compañeros también.

Yo seguía confundida y atribulada por el dolor y la realidad de aquella tumba vacía. Por eso, tal vez, le confundí con un jardinero: "Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde le ha puesto, para que yo vaya a buscarlo". De alguna manera y sin la certeza de lo sucedido, yo no podía entender el significado de esa tumba vacía. Y asumí inmediatamente que la solución podía estar bajo mi control. Un poco de la misma lógica femenina ¿no? Ya saben de lo que hablo: si el jardinero me daba la información que buscaba, yo misma podía hacerme cargo del problema.

Pero fueron precisamente las palabras del supuesto jardinero las que trocaron todo. Y no sólo para mí sino para ustedes también, que están en este momento preciso de la historia como comunidad de fe, precisamente porque ha llegado tal testimonio hasta vuestro tiempo.

Así fue, cuando el Nazareno me llamó por mi nombre sí le reconocí. Fue algo tan personal, tan íntimo que dudo mucho que puedan entender lo en toda su significación a no ser que realmente se dispongan a dejar de escucharse tanto a ustedes mismos e intentar escuchar la voz de Jesús. En esa relación íntima y personal, nuevamente mostrada con un lirismo impresionante, se revela a esta mujer el misterio de la resurrección.

Para mí, escuchar la voz del Maestro, del resucitado, cambió por completo la perspectiva de los hechos. La tumba vacía dejó de ser una manifestación de muerte, sino el testimonio real del poder de la vida. Mi recomendación muy personal a cada uno y cada una de ustedes sería que aprendan a discernir la voz de Jesús. El siempre llama desde múltiples experiencias, pero seguramente a un seguimiento que nos lleve a buscarle incansablemente en el mundo.

Pero sigo con mi propia historia. Ahora viene la parte más difícil que es hacer la confesión porque honestamente, mi primera reacción fue intentar retener a Jesús, tomarlo en mis brazos inmediatamente que le reconocí. También sé que esta parte de la historia ha dado motivos para múltiples interpretaciones acerca de nuestra relación. Pero no he viajado por tantos siglos en el tiempo para contarles chismes sino para compartirles mi experiencia de fe.

Ya saben ustedes la respuesta que me dio Jesús: "No me retengas, porque todavía no he ido a reunirme con mi padre". Puede que nos parezca una frase dura, como dirían las cubanas y los cubanos que están escuchando, un cubo de agua fría, que frenó de golpe y porrazo mi entusiasmo al saber que Jesús estaba vivo.

Lamento decirles que sería superficial y ligero interpretarlas de manera tan simple. Recuerdan ustedes que les conté que sus primeras palabras tenían que ver con la propia búsqueda de su presencia. Pues ahora viene a ser como el contenido de nuestra misión, la verdadera gran comisión de cada hombre y mujer de fe y no esa que tanto cacarean del Evangelio según Mateo. Les digo que su envío es tan sencillo y tan profundo como su propia vida y ministerio: "No me retengas".

No me crean engreída pero aquellas palabras de Jesús deberían resonar siempre en ustedes tal y como hicieron eco en mí y en mis compañeras.

No me nieguen que en nuestra humana tendencia siempre queremos controlar al Señor, retenerle para nosotras y nosotros. Hacerlo mío en vez de nuestro.

Algo así, no sólo se constituye, desde la perspectiva de la resurrección como una verdadera herejía, sino además una interferencia imperdonable entre lo que vino a ofrecer Jesús, lo que tiene Dios en sus planes para ese Cristo resucitado y lo que nuestra naturaleza imperfecta y

limitada intenta muchas veces al querer retenerle y aprisionarle en nuestros prejuicios y expectativas individualistas, así como yo lo intenté.

Y es que precisamente la buena noticia que estamos llamadas y llamados a proclamar, en mi tiempo y en el vuestro, es precisamente que no hemos retenido al Jesús resucitado, sino que le hemos dejado libre para completar su plan, para completar la obra que Dios ha iniciado con su vida, su muerte y su resurrección.

Porque además, el mandato de Jesús no terminó en aquel incidente tan embarazoso para mí por su insistencia que lo dejara en libertad. El me dijo: "Ve y di a mis hermanos que voy a reunirme con el que es mi padre y padre de ustedes, mi Dios y Dios de ustedes".

En vez de mantenerle para nosotros, estático y privativo a nuestro antojo, Jesús nos exhorta a compartir la buena noticia de su resurrección, de la nueva vida que en él se abre como oportunidad para toda la creación.

Pero esta buena noticia estuvo, está y estará directamente relacionada con una experiencia bien concreta y real, que va más allá de una verdad de fe como lo es la resurrección: aquellos y aquellas que seguimos a Jesús formamos parte de una familia, somos sus hermanas y hermanos y tenemos un padre que es su padre, que es su Dios y nuestro Dios.

Pueblo de Dios reunido a nombre de las iglesias de América Latina y el Caribe. Así como mi confusión y mi tristeza fue trastocada por mi encuentro con Jesús, yo les puedo asegurar que tenemos toda la sustancia para anunciar la esperanza de que así será el futuro de Dios para su mundo: la tristeza y la confusión de miles de seres hoy en el mundo será transformada en alegría y confianza, en seguridad permanente, en fiesta eterna por la resurrección.

El testimonio de las Escrituras esconde muchas de las experiencias que hoy puede levantar las iglesias en América Latina y el Caribe, modelos participativos y solidarios, inclusivos y dinámicos, que pueden hacer de la iglesia el verdadero cuerpo de ese Jesús resucitado.

Yo les saludo a nombre de mi comunidad, saludo a mis compañeras en la misión que hoy buscan hacer visibilizar el rostro femenino que ciertamente tienen las iglesias de hoy y que han tenido siempre, desde el mismo grupo que formábamos la comunidad de seguidoras y seguidores del Maestro.

Que el Dios de paz, que como buena madre arropa amorosa a sus hijas e hijos, les guarde y les confirme en la seguridad de que está con ustedes, ahora y siempre. Amén. ■

* Reflexión presentada en el 80 Aniversario del Congreso Evangélico Hispanamericano de La Habana, realizado en mayo de 2009 en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.